

que acababan de ver, produciría un efecto prodigioso.

Terminado el simulacro, el general español volvió á entrar en conversacion con los embajadores aztecas y á indicar su deseo de tener una entrevista con Moctezuma. El gobernador Teuhtlile le contestó que él mismo iba á ponerse en camino para presentar al monarca los regalos enviados por el soberano de Castilla y manifestarle la entrevista que solicitaba. Al despedirse, Hernan Cortés les abrazó, y el personaje azteca se alejó del campo español, acompañado de sus nobles, con los mismos honores con que se habia presentado, encargando á todos los habitantes de las poblaciones cercanas, que proporcionasen á los españoles todas las provisiones que necesitasen. Esta fué la primera entrevista, bien lisonjera, por cierto, para los expedicionarios, que tuvo el general español con los enviados del poderoso emperador Moctezuma.

CAPÍTULO XVIII

El gobernador ordena á los pueblos próximos á la playa que provean á los españoles de todo lo necesario.—Se establece un comercio activo entre indios y castellanos.—Moctezuma rehusa la entrevista solicitada por Cortés y le envia un rico presente con sus embajadores.—Objetos de que se componia el regalo.—Valor de él.—Insiste Cortés en tener la entrevista con Moctezuma.—Vuelven los embajadores con nuevo presente de Moctezuma, pero negándole absolutamente la recepcion.—Ruptura de relaciones entre mejicanos y españoles.—Cortés resuelve cambiar de campamento.

El gobernador azteca Teuhtlile llegó á la ciudad en que residia, admirado de lo que habia presenciado en el campamento castellano. Habia visto el humo y el fuego que precedia al terrible trueno de los cañones, cuyas balas recorrian un largo trayecto dando enormes saltos y destruyendo lo que encontraban: habia presenciado la carrera de los briosos corceles, obedientes á la voluntad de los hombres extraordinarios que al volverlos de un sitio á otro esgrimian sus relucientes armas; tenia conocimiento de

los estragos que los arcabuces producian, y habia presenciado el tiro certero y terrible de la ballesta. Teuhtlile se propuso partir inmediatamente á Méjico, no solo para presentar los notables regalos que el jefe español enviaba á Moctezuma de parte de su soberano, sino tambien con el objeto de explicarle lo que la *escrito-pintura* era imposible que pudiese demostrar.

Antes de ponerse en camino, ordenó á su lugarteniente Cuitlalpitoc, que no descuidase, en lo mas mínimo, el abastecimiento de víveres para obsequiar liberalmente á los extranjeros huéspedes, encargándole que próximo al campo español, mandase construir las chozas convenientes, donde se ocupasen las personas necesarias en hacer *tortillas*, esto es, pan de maíz para Cortés y su gente.

Cuitlalpitoc, anhelando cumplir con las órdenes recibidas del gobernador, volvió al campo español, y manifestó á Cortés que iba á edificar junto á la ciudad improvisada las precisas chozas para proveerle de los víveres necesarios. Centenares de indios, diestros en la construccion de las ligeras viviendas propias del clima y de las circunstancias, se repartieron por los arenales. Infatigables y acostumbrados al clima abrasador, sofocante para los europeos, levantaron con asombrosa prontitud mas de mil pintorescas barracas, hechas de esteras y de enramada, quedando formados así dos pueblos llenos de vida, donde poco antes solo se veian montañas de arena formadas por los fuertes vientos del Norte.

La improvisada poblacion india presentó á los pocos instantes un aspecto agradable y seductor. Las chozas se habian convertido en panaderías y cocinas, donde millares

de indios de ambos sexos se ocupaban exclusivamente de condimentar las viandas y el caliente pan para la mesa de Hernan Cortés y de sus oficiales.

Cuitlalpitoc, á quien los españoles llamaban Ovandillo, sin que se tenga noticia de la causa que dió lugar á que le diesen ese nombre, procuraba llenar cumplidamente el encargo que le habia dado, al partir, el gobernador Teuhtlile.

El campamento español, mas que un sitio habitado por guerreros, parecia una romería, á donde acudian de todos los pueblos inmediatos los serviciales indios á llevar sus efectos mas apreciados. Aves, peces, ricas frutas y pan, todo se hallaba allí en abundancia.

Pronto se estableció entre los habitantes de los sitios comarcanos y los españoles, un activo comercio. Los indios, anhelando poseer cuentas de vidrio deslumbradoras, vistosos cascabeles y graciosos abalorios, llevaban granos y curiosas piezas de oro, que cambiaban con gusto por las seductoras baratijas europeas.

Entre tanto que Hernan Cortés y sus soldados, aunque contentos de la fraternidad y buena armonía que reinaba entre ellos y los habitantes del pais, sufrían el excesivo calor y la sofocante atmósfera que reinaba noche y dia en aquel desierto arenal en que estaban acampados, en la corte de Moctezuma se trataba de saber la conducta que se debia observar con ellos.

Moctezuma convoca á sus consejeros para ver si se debe recibir á Cortés. El gobernador Teuhtlile habia llegado con las pinturas jeroglíficas que representaban á los extraordinarios huéspedes con sus veleros barcos, sus relucientes armas, sus briosos ca-

ballos y sus poderosos cañones. Teuhtlile refirió al emperador de Méjico, lo que admirado habian visto sus ojos al jugar la artillería y maniobrar los jinetes sobre sus fogosos corceles, y el deseo manifestado por Cortés de tener una audiencia. Moctezuma, inquieto y sobresaltado, convocó en el instante una junta de sus consejeros y principales sacerdotes, á que asistieron los reyes aliados de Texcoco y Tlacopan, con el objeto de resolver la conducta que seria conveniente seguir en aquel delicado asunto.

La junta se verificó en el palacio principal del emperador de Méjico.

Hacia un año que se habian reunido los mismos personajes en aquel sitio, al tener noticia de la llegada de Grijalva. La opinion entonces habia sido unánime en favor de los desconocidos extranjeros. La idea de que no podian ser otros que los seres privilegiados prometidos por el dios del aire Quetzacoatl, estaba en la conciencia de todos. Nadie dudaba que eran los enviados por la venerada divinidad de quien los emperadores de Méjico no eran mas que lugartenientes que gobernaban interinamente. Pero no existia esa creencia con respecto á Cortés y sus soldados. Habian derribado los ídolos en Cozumel, atacando la religion predicada por Quetzacoatl, y no podian, por lo mismo, ser los enviados por él. En aquellos momentos no se trataba de recibir á los seres divinizados á quienes se juzgaba con derecho á los reinos de Anáhuac, sino de unos extranjeros de distinta creencia, enemigos de los dioses que adoraban. Sabian que eran hombres vulnerables y seres mortales como los demás, desde el descalabro sufrido en Potonchan, donde Córdoba se vió precisado á reembar-

carse, dejando en el campo cincuenta muertos y dos prisioneros. Ciertamente es que la victoria alcanzada por Cortés en Tabasco, contra un ejército valiente y numeroso, de la cual tuvo noticia inmediatamente Moctezuma, les llenó de asombro; pero el emperador mejicano era mucho mas poderoso que los caciques juntos de Yucatan, y podia enviar numerosos y formidables ejércitos, avezados á las fatigas y acostumbrados al triunfo, que solo con su inmensa muchedumbre bastaria para ahogar las cortas fuerzas con que el general español contaba.

Las opiniones de los personajes que formaban la junta, diferian notablemente. Unos juzgaban que debia intimarse á los extranjeros á que dejaran inmediatamente el país, y enviar sobre ellos aguerridos batallones para el caso de que no se reembarcasen sin demora. Otros creian que la justicia y el buen nombre de la nacion, exigian que se escuchase á los embajadores del monarca de Castilla: «Si el asunto que traen—decian—es amistoso y admisible, habremos ganado un poderoso amigo: si es contrario á los intereses y á la dignidad de la nacion, entonces podremos apelar á la fuerza, estando de nuestra parte la razon y el derecho.» Del parecer de que se les recibiese amistosamente era el rey de Texcoco, el moderado Cacamatzin. El emperador Moctezuma se hallaba irresoluto en la determinacion que debia tomar. Su deseo era la guerra; pero la temia porque recelaba que se realizase lo que la supersticion venia presentando á los mejicanos como una cosa infalible desde hacia algun tiempo.

Señales que hacian presentir Era opinion general en el país entero, de que se hallaba próxima la desaparicion del

á Moctezuma la ruina de su imperio. imperio azteca. Se fundaba el funesto parecer, en varias señales que se habian presentado como anuncios seguros de su caida. Nadie dudaba entre los aztecas que vivian en la época que nos encuentran los sucesos que narramos, que los pronósticos se realizarian en tiempo no muy lejano. En 1510, las aguas del salobre lago de Texcoco, saliendo de sus lindes sin causa la mas leve y desbordándose precipitadamente, habian inundado la ciudad de Méjico, derribando centenares de casas y causando horribles estragos. Un año despues fué víctima de las abrasadoras llamas una de las torres de un suntuoso templo, sin que hubiese habido motivo explicable, ni se hubiese logrado apagar el incendio, no obstante los esfuerzos hechos para conseguirlo. Tres enormes cometas se habian dejado ver en los años siguientes, y una misteriosa luz se aseguraba que se habia presentado en el Oriente poco antes de la llegada de los españoles, descansando su ancha base en el horizonte, y elevándose al cenit en forma piramidal, salpicada de relucientes estrellas. Pero aquella luz que probablemente habia sido producida por alguna erupcion del imponente volcan de Popocatepetl y que la supersticion le habia dado un origen celeste, afirmaban que se presentó acompañada de otros fenómenos no menos significativos y terribles. Lastimeros lamentos y penetrantes voces de un sonido lúgubre y aterrador se habian escuchado salir de entre las oscilantes nubes, anunciando un próximo cataclismo.

La llegada de los españoles trajo á la imaginacion de Moctezuma las señales referidas, y temió que hubiese llegado el momento de la realizacion que segun los augures

significaban. El supersticioso monarca, despues de haber escuchado la opinion de sus consejeros, se dirigió respetuosamente al templo y consultó con el oráculo. La respuesta de la falsa divinidad, ó más bien del sumo sacerdote, que oculto detrás de ella se encontraba, fué que no admitiese de ninguna manera á los extranjeros. En los intereses de los sacerdotes estaba alejar del país á los que traian una nueva religion que les privaria del influjo que ejercian en la sociedad entera.

Moctezuma Moctezuma, creyendo conjurar el peligro
niega la entrevista á Cortés colocándose en un término medio entre el pa-
y le envía un regalo. recer de los consejeros, que vendria á dar el
regalo. resultado indicado por el oráculo, trató de
evitar la guerra, manifestándose magnánimo con los extranjeros, y de no tener entrevista personal con el jefe de la expedicion, pretextando motivos que juzgó poderosos. De esta manera, en su concepto, ni provocaba una lucha que pudiera producir el cataclismo anunciado por las misteriosas señales, ni recibia á los desconocidos huéspedes, que era lo que le habia aconsejado la divinidad consultada. Aconsejado por la preocupacion y las ideas supersticiosas, que no son ciertamente los mejores consejeros del hombre, resolvió enviar una embajada con magníficos presentes, tratando así de captarse la amistad de los enviados extranjeros, y de patentizar su poder y su grandeza, sin advertir que no conseguia otra cosa que revelar las riquezas de las auríferas minas que el país atesoraba, y la debilidad y timidez de su monarca.

Nombrado un embajador y dispuestos los regalos, salió aquél de la capital acompañado del gobernador Teuhtlile,